

E  
S  
T  
R  
E  
L  
L  
A  
S  
de  
C  
I  
N  
E



**IRENE DUNNE**

**BIOGRAFIA Y ANECDOTAS**

**30**  
CTS



## IRENE DUNNE

por Willy Spaulding

### Una mujer normal

A pesar de su extraordinaria fama en el teatro y en el cine como gran cantante y exquisita intérprete, la vida de Irene Dunne, la vida particular, íntima de esta artista es recatada, tranquila, diáfana, plácida, sin dislocamientos, ni extravagancias a las que tan dadas son muchas de las figuras sobresalientes de los escenarios y las pantallas, bien por temperamento o por afanes publicitarios.

De Irene Dunne se ha dicho muy acertadamente que «es la actriz menos publicitaria de Hollywood» y también que «es la estrella que fuera de la pantalla menos se parece a una estrella».

No funa. No hace vida nocturna. No posee coches de gran lujo y modernidad, pues se contenta con un cupé Ford de modelo

IRENE DUNNE

BIOGRAFIA Y ANECDOTAS



atrasado, que conduce con suma maestría. No se ha retratado con «maillots». No ha tenido procesos, ni discusiones públicas con las productoras cinematográficas. No ha tenido altercados con ninguno de los directores de las películas en que ha actuado. No se ha hecho jamás la menor alusión a su vida privada. Está casada desde el día 16 de julio de 1927 y no piensa divorciarse, ni a nadie se le ha ocurrido hacer la menor insinuación acerca de ello. No le han puesto multas por exceso de velocidad. Recibe a los periodistas con perfecta cortesía y jamás ha tenido querellas con ellos. No usa vestidos llamativos, por el corte o por el color. No es esfinge, ni llama, ni altavoz.

Estas y otras cualidades de que hablaré hacen de ella una artista excepcional, especialmente porque es una mujer normal. Ante la cámara, en los escenarios es una «estrella». Fuera de ellos es una señora cuya vida no tiene historia, leyendas, ni novelorías.

Su biografía es gloriosa e interesante, pero no aventurera, abigarrada, ni truculenta.

#### Desde la cuna a la pantalla

Nació Irene Dunne el 14 de julio del año 1904, en la hermosa y próspera ciudad de Louisville (estado de Kentucky), y en ella,

muchos son los que recuerdan a la deliciosa chiquilla que agitando la cartera de los libros, iba siempre cantando desde su casa a la aristocrática Academia Loretta, a la que asistió hasta los diez años.

Gozaba la familia de excelente posición, pues su padre, el capitán José J. Dunne, era constructor y propietario de los barcos de vapor que hacían travesías a lo largo del río Ohio, así es que la futura estrella tuvo una excelente educación, no sólo escolar, sino también hogareña; según las más estrictas normas de conducta, trato y relación de gentes. Era antañona educación, amante pero severa, en que no se permitían excesos ni libertades de ningún género, de la que espíritus frívolos e irrespetuosos hicieron sarcasmo, pero que hoy con tanto cariño y hasta envidia se recuerda, y se exalta poniéndola como ejemplo que se debe seguir. Años más tarde, el capitán Dunne pasó a la Compañía Oficial de Navegación, de la que últimamente era Supervisor general en Washington.

Cerca de las deliciosas riberas del Ohio estaba situada la residencia familiar, y muchas veces, por simple placer, surcaron sus aguas en las embarcaciones paternas, lo que hizo que Irene conociera y sintiera la atmós-



fera y costumbres del país. Gracias a ese conocimiento pudo dar un extraordinario verismo a sus interpretaciones en «Saw Boat» («El barco teatro») y «Magnolia», que protagonizó cuando ya era estrella teatral de las Ziegfelds.

Cumplidos los diez años, para completar sus estudios ingresó como pensionista en un Convento de San Luis, en el estado de Illinois, donde se distinguió por su bondad, inteligencia y dulcísima voz cuando cantaba las canciones infantiles de los juegos o las de las fiestas religiosas que en el colegio se celebraban.

Pasó luego al Instituto de Madison y terminados con gran provecho los cursos que en aquel centro se daban, visto sus condiciones y aficiones musicales, le permitieron sus padres que se matriculara en la Academia Municipal de Música de Chicago, estudiando al mismo tiempo varios idiomas que hoy domina a la perfección. Se graduó en esta escuela el año 1926, obteniendo matrícula de honor y diploma extraordinario.

Su voz era una vibración de plata que se desgranaba en arpegios cristalinos, pero era tan tímida que no se atrevía a presentarse en público y sólo cantaba para los íntimos, los cuales no cesaban de aconse-

jarle que se dedicara al teatro, pues consideraban que era una verdadera pena, que aquellas excepcionales cualidades, aquella voz clara y potente de soprano lírica no luciera y deleitara a los públicos amantes del «bel canto».

Uno de esos amigos íntimos que había sido compañero de estudios, estando nuestra artista de viaje en Nueva York, le dijo que unos empresarios que iban a estrenar una nueva opereta, no encontraban a una actriz adecuada para encargarse del papel de protagonista y que precisamente ella llenaba todas las condiciones deseadas, hasta el punto que como la opereta «Irene» se llamaba, y que por lo tanto debía presentarse inmediatamente a solicitar el puesto. Más por seguir lo que ella consideraba una broma, que por propio convencimiento, solicitó una entrevista que le fué concedida. Acudió a ella y tras de solicitar algunos informes, le pidieron que cantara. Con tanto gusto y acierto lo hizo que en el acto fué contratada, iniciando así desde aquel momento su carrera profesional de triunfos.

Durante una serie de temporadas fué la reina de los escenarios neoyorquinos, pues no sólo interpretó operetas y comedias musicales, ya que también durante una tem-



porada entera fué «prima donna» de la Compañía de Opera del famoso Metropolitan, cantando todas las obras del repertorio.

Famosas fueron, y aún se citan como modelo de perfección, sus interpretaciones de «The chinging vine», «The beggar's opera», «Swertheart time», y sobre todo, según ya he anticipado, la de «Show Boat», que duró setenta semanas seguidas en el cartel, caso extraordinario que sigue comentándose por lo excepcional.

Como es lógico suponer, la fama de su nombre atrajo a los productores cinematográficos. Uno de ellos, William Le Baron, a la sazón vicepresidente de la R. K. O., asistió a la representación de la citada obra y, como consecuencia, celebró una entrevista con la admirada protagonista, en la que le ofreció un ventajoso contrato, que aunque al principio fué rechazado, tras de varias conversaciones, cabilleos y promesas, acabó por ser aceptado.

#### Su carrera cinematográfica

De acuerdo con el contrato debutó muy pronto ante las cámaras, actuando por primera vez en la película «Leathernecking» («Cuello de Cuero») que en España se tituló «En las playas de Hawái». Aunque su

labor fué bastante buena, no logró con ella destacar su nombre entre los de los innumerables artistas cinematográficos, ni llamar la atención del gran público, pero en cambio lo consiguió cumplidamente interpretando el primer papel femenino junto a Richard-Dix, en la laureada cinta «Cimarrón». Público y críticos, hasta los más exigentes, se deshicieron en alabanzas a la labor de la Dunne, quedando desde entonces considerada como «estrella» de primera magnitud.

A esa producción siguieron otras de igual carácter dramático, algunas musicales y hasta comedias finamente cómicas. Es decir, que su perfecta labor no se ha atendido únicamente al género que la hizo famosa y la llevó del teatro a la pantalla, pues ha cultivado con igual acierto toda clase de obras y de caracteres de los más diversos matices y varia sensibilidad.

De ello son buena prueba los títulos de las películas de que ha sido protagonista, entre los que destacan «Consolation marriage», «La cuerda plateada»; «Ana Vickers»; «Stingaree»; «Sinfonía de los seis millones», con Ricardo Cortez; «La edad de la inocencia» y «La usurpadora», con John Boles; «Thirteen women»; «No other woman»; las



versiones cinematográficas de «Show Boat» («El barco teatro») y de Irene; «El piso del soltero», con Lowell Sherman; «Roberta»; «Babes in Joyland», magna obra del gran Víctor Herbert; «Alegre y feliz», drama histórico, basado en el nacimiento de la industria petrolífera en el estado de Pennsylvania, a mediados del siglo diez y nueve, en el que figuran varias canciones inspiradas en la música de la época que canta nuestra artista con insuperable maestría; «Dulce Adelina»; «El secreto de madame Blanche», con Phillip Holmes; «Este hombre es mío»; («Sublime obsesión»), con Robert Taylor, en la que ambos realizaron insuperables interpretaciones; «If y Were free»; «Este hombre es mío»; «Los pecados de Teodora»; «La pícara puritana»; «Penny Serenada»; «Huracán», con Charles Boyer; «Mi esposa favorita»; «Negocio incompleto»; «Invitación a la felicidad»; «La furia del oro negro», y «Serenata nostálgica».

Las grandes empresas cinematográficas se la disputan y así, además de la R. K. O., ha actuado para la Paramount, Columbia, Nueva Universal y otras. Su trabajo no sufre otras interrupciones que las que ella reclama para reposar y vivir con los suyos, que es sin duda su máximo placer y a los

que apenas puede dedicarse en las fugaces horas que las productoras le dejan libre.

### Sus amores

El día 16 de julio de 1927, se casó con el doctor Griffin, conocido dentista de Nueva York. Del que estaba y continúa estando completamente enamorada. No obstante, durante bastantes años, por causa de las respectivas ocupaciones, se veían separados por cientos y cientos de kilómetros la mayor parte del tiempo, pero no lo estaban espiritualmente, y su comunicación se realizaba diariamente durante larguísimas conferencias que celebraban por teléfono. Pero estas conversaciones eran una prueba pero no una compensación a su intenso y sincero cariño, y ella ha logrado ultimamente atraerlo a su lado, haciendo que se trasladara a Hollywood y que sea su administrador. Irene y el doctor Francis tienen una hija adoptiva, preciosa niña rubia de ojos azules, Mary Frances, a la que llaman cariñosamente «Missy».

¿Ha sido el celebrado odontólogo el único amor de Irene? Creemos que se puede contestar afirmativamente, aunque en sus tiempos de estudiante en la Escuela de Música, según propia confesión, creyó estar enamo-



rada de un compañero de carrera. Creo que es interesante reproducir la declaración que hizo hace unos años al gran periodista Alberto Holmes:

«Por distracción empecé a tomar lecciones de canto. Y entonces fué cuando empecé a conocer lo que es la vida y los desengaños que nos proporciona. Entonces recibí el primer latigazo de la realidad; cruel puñalada a mis cándidas ilusiones. Primer amor; primer desengaño. Se llamaba... digamos Román. Era condiscípulo mío en las clases de canto. Era tenor. Tenía un bonito timbre de voz, pero no había medio de enseñarlo a cantar. ¿Le amé? Arriesgado sería asegurarlo. A cierta edad no es posible interpretar acertadamente los impulsos del corazón. El caso es que yo creía entonces que le amaba y eso es más que suficiente. No veía sus defectos, a pesar de que tenía bastantes, según juzgo desapasionadamente ahora. Sobre todo aquella dureza mental y una total ausencia de gusto para el canto. No comprendía la música, es más, no la sentía. Su timbre de voz, como ya le he dicho, era sumamente agradable, cálido, y quería explotarlo como quien exhibe en una barraca de feria sus cuatro orejas o sus ocho dedos en cada mano. Pero ya le digo

entonces era yo incapaz de ver nada de eso. El me decía palabras aprendidas no sólo donde. Su conversación, aunque vacía, era agradable por el tono envolvente de su voz. Todos los días salíamos juntos de la Escuela. El me juraba que estaba loco por mí. Yo lo creía. Los dos teníamos grandes esperanzas. Estábamos igualmente seguros de llegar al pináculo de la carrera lírica. Y nos veíamos en el «Metropolitán» como primeras figuras, cobrando cinco mil dólares diarios cada uno.

Un día me dijo:

—Sin ti no quiero la gloria. Quiero un triunfo para los dos.

Y yo contesté, conmovida:

—Si tú no triunfaras renunciaría al teatro.

Y, como siempre, acabamos los dos asegurándonos que llegaríamos a la cumbre.

Así las cosas, nuestro maestro nos pidió que formáramos parte de un cuadro de aficionados que iba a dar una función a beneficio de los hospitales.

Los dos aceptamos encantados, Román y yo cantábamos un dúo. Yo había advertido durante los ensayos que mi voz ahogaba fácilmente la de él, pues oír de los defectos que aquel chico tenía como cantante



era el de la falta de intensidad de voz. Por eso, el día de la función, procuré poner un freno a mi garganta, con objeto de que se oyera a Román. Tuvimos un éxito. Y, al acabar nuestro número, cuando ambos nos felicitábamos mutuamente, se acercó a mi novio un caballero y le ofreció un contrato. Tal fué su emoción, que a punto estuvo de desmayarse. Yo compartí sinceramente su alegría. El contrato nada tenía de extraordinario: unos cuantos dólares por cantar dos días en un pueblecito, pero por algo se empieza.

Aquella misma noche, cuando nos despedimos, me dijo Román:

—A ti te falta todavía una temporada en la Escuela. Hay que educar bien esa voz. Pero no te preocupes, que en cuanto yo me sitúe me ocuparé de ti.

Me dejó fría. ¡Aquel tono de superioridad!... ¡Aquel aire de protección!... Ya no hablaba de renunciar a la gloria si no la alcanzaba yo también. Primero quería asegurársela; después, como una cosa secundaria, me ayudaría.

—La vanidad es ciega—me dije. Y le perdoné.

Pero figúrese usted, cuál sería mi asombro cuando a su regreso del pueblecito, donde había ido a cantar, no vino a verme.

Pasaron varios días. Por fin se presentó, hablándome en un tono de indulgente superioridad, que yo atajé en seguida.

Mi ceguera no era tanta que hubiera ahogado mi dignidad, y ésta se inflamó como pólvora:

—Hemos terminado para siempre—le dije. Y sin más explicaciones le volví la espalda.

Podía haberle hablado de los esfuerzos que había tenido que hacer aquella noche de la función, para que mi voz no ahogara la suya, pero mi deseo no era vengarme, ni echarle en cara sus defectos, sino simplemente romper todo lazo de unión y aun de relación con él, y le dejé marchar con sus ilusiones tan faltas de base.

Habían pasado algunos años, no muchos por cierto, cuando esta aventura tuvo su epílogo. Cierta día se me presentó implorando mi ayuda. Yo había subido ya, y él no sólo no había ascendido más que los primeros escalones de la fama, sino que había caído de ellos. Me dió pena, verdadera pena al verle, y le entregué algún dinero con la condición de que no volviera a molestarme. Se marchó y no le he vuelto a ver más.

Esta aventura sabida por propia declaración de la artista, es la única de que se



tiene noticia, y teniendo en cuenta que en Hollywood se fiscalizan hasta los menores detalles de la vida de las estrellas, cualquiera otra de tipo amoroso que hubiera podido tener, seguramente, sin el menor asomo de duda, sería conocida. Por eso he dicho antes que estoy convencido de que el doctor Francis Gruffin ha sido el único amor de Irene Dunne.

#### Informes complementarios

Irene Dunne raramente concede entrevistas a los periodistas, y es enemiga de todos los trucos publicitarios tan en uso en la Meca del cine, porque aborrece la mentira y desea pasar inadvertida en todas partes. Viéndola en un restaurante, comercio u otro lugar público, de no tenerla sumamente conocida, se le toma por la esposa, atractiva y bella, de algún financiero, o de algún personaje de alta categoría social o intelectual, y no como a una mujer de relevante personalidad propia.

Está muy satisfecha de poseer un gran renombre por haber sabido crearse una vida aparte, propia, íntima, ajena a toda actividad artística, entre la inquietante y llama-

tiva de la casi totalidad de los que constituyen el mundo cinematográfico.

No ha querido que Hollywood destrozara ni siquiera perturbara su serena y limpia existencia. No ha querido ser vencida por lo que un escritor español llamó con gran acierto, «la ciudad de cartón», y se ha impuesto sin estridencias ni alharacas a ella.

Posee una singular habilidad para interpretar papeles de muy diversas edades; desde los diez y ocho años hasta los setenta; no sólo por la caracterización corporal, sino también por saber dar en cada caso la tonalidad de voz que corresponde al personaje.

Está sometida a una dieta especial, pero no para perder peso, sino, al contrario, para ganarlo.

No sigue la costumbre de la mayoría de estrellas de hacerse confeccionar los vestidos ex profeso. Cuando, andando por la ciudad, ve en algún escaparate un modelo que le gusta, entra, se lo prueba y si le satisface como le cae lo adquiere. De esta costumbre se exceptúan, por lo general, los trajes de ceremonia y los de noche.

Mide un metro sesenta y dos centímetros. Su pelo es castaño oscuro y los ojos de un



tono azul grisáceo. Practica varios deportes, pero con preferencia el golf. Es muy aficionada a la astronomía; afición que data de cuando en su infancia pasaba largos ratos en el observatorio particular de su padre en Luisville. Cuando actúa, jamás llega tarde al estudio, antes al contrario, suele presentarse completamente maquillada en el escenario bastante tiempo antes de empezar el rodaje.

F I N

## MELODIAS DEL DIA

*Las más sugestivas canciones que han  
popularizado*

**Rafael Medina, Tito Guizar, Raúl  
Abril, Vicente Gallardo, Ramón  
Evaristo, Bonet de San Pedro,  
Manuel de Bianco, Pilarín Arcos,  
Carlos Gardel, Roberto Dan,  
Rina Celi y Alberto Roehi.**

**30** ctms. en todos los quioscos.

## VARIEDADES

Las máximas figuras de la canción  
española y sus más revelantes  
creaciones.

Adquiera los números aparecidos de

**NARCY : - : MIRCO  
MIGUEL DE WANDER**

**30** ctms.



Adquiera ESTRELLAS DE  
CINE y tendrá un verdadero  
archivo cinematográfico.

Números aparecidos:

ROBERT TAYLOR - MARLENE DIETRICH  
GARY COOPER - CLAUDETTE COLBERT  
LESLIE HOWARD - DIANA DURBIN  
RAFAEL DURAN - MARUCHI FRESNO  
CLARCK GABLE - IRENE DUNNE

**30** ctms. en todos los quioscos

*Solicite la biografía del artista que más le interese y gustosos encargaremos la redacción de la misma a nuestros colaboradores del país de origen o residencia de la estrella en cuestión.*

Correspondencia: ESTRELLAS DE CINE  
Apartado 150 - Barcelona.

J. PALOU Editor - Barbará, 19 - Barcelona